



Epifanía 2014

La liturgia de la Iglesia presenta a Jesús en la fiesta de la Epifanía como luz y salvación de todas las gentes.

Jesús ha venido al mundo en Belén por medio de María, la virgen de Nazaret, esposa de José; allí los pastores, que acudieron al recibir el anuncio del ángel, contemplaron “*un niño envuelto en pañales*”, “*acostado en el pesebre*” (Lc 2, 12.16). Jesús, el Salvador, el Cristo Señor, es ya una presencia en medio de su pueblo: es un descendiente de David, es el Mesías, al que le espera el título de rey de los judíos. Pero Jesús es también aquel que realiza la promesa hecha a Abrahán de un descendiente en el que serían bendecidas todas las naciones de la tierra, toda la humanidad (cf. Gn 12, 1-3): desde su nacimiento Jesús es buscado y reconocido por los gentiles, cuya primicia son los magos venidos de oriente a adorarlo.

El significado teológico y espiritual de esta fiesta lo explica de forma sintética san Pablo en el texto de la carta a los Efesios. Se refiere el apóstol al progreso habido en la manifestación del “misterio” de Jesucristo, que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos y ahora se ha revelado a él y los demás apóstoles y profetas. El misterio consiste en esto: “*que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio.*” (Ef 3,6).

Pablo ha comprendido que el plan misterioso de Dios era precisamente ofrecer su revelación a todas las naciones, para introducir a todos los hombres en la comunión íntima con Él. Se trata de una sorprendente novedad: “*ya no hay distinción entre judío o no judío*” (Gal 3, 28).

La tradición de la Iglesia ha leído la historia de los Magos a la luz del salmo 72,10 y de Isaías 60,1-6, cuyos textos ha incluido la liturgia de hoy en la primera lectura y en el salmo responsorial.

El salmo 72 es un canto de homenaje al rey de Israel, para el que se invoca la gracia de la sabiduría de Dios que le haga capaz de regir al pueblo con justicia y rectitud; así florecerá la paz en sus días. Para este rey justo y pacífico se invoca el título de rey universal, ante el que se postren todos los reyes y al que todos los pueblos le sirvan. Más en concreto se menciona el tributo que han de pagarle los reyes de Tarsis y de las islas y los reyes de Saba y de Arabia, es decir, los reyes de occidente y de oriente.

El texto de Isaías 60, 1-6 canta la gloria del Señor que amanece sobre Jerusalén y la llena de su luz, en medio de las tinieblas del mundo: “*¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos... Y caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora*”.



Todos los pueblos caminarán a la luz de Jerusalén y traerán hacia ella sus riquezas. Pero, a diferencia del salmo 72, Isaías se refiere solamente a los dones de incienso y oro que vendrán a ofrecerle desde Madián y Efá, y de Saba, en camellos y dromedarios. Así pues, Isaías se sólo refiere de forma explícita a los venidos de oriente. Y esta tradición es la que recoge Mateo en su relato de los Magos de Oriente, que se presentaron en Jerusalén preguntando por el recién nacido rey de los judíos.

Desde el Oriente, la tierra de los buscadores de Dios, algunos sabios, los Magos, vienen a Jerusalén, la ciudad santa de los judíos. Ellos no pertenecen a la descendencia de Abrahán, no conocen al Dios verdadero y vivo: por tanto, no son conducidos por la Palabra de Dios recogida en la Ley y en los Profetas. Pero su búsqueda de Dios, su lucha contra los ídolos, su pensar y escrutar la naturaleza, les da la posibilidad de una interpretación que los lleva a seguir la señal entrevista en la luz de una estrella. Todavía no saben que esa estrella señala hacia el Mesías (cf. Nm 24, 17); para ellos es suficiente que traza un camino, les abre un sentido.

A estos Magos les ha atraído el humilde nacimiento de aquel Niño en la campiña de Belén. Hasta allí acuden porque la encarnación del Hijo de Dios ha sido el modo elegido por Dios para unirse con cada hombre y con toda la humanidad. Además, al rey de Israel, al rey que ocupará el trono de David (cf. Lc 1, 32-33), le están esperando con ansia todas las gentes. Aquellos Sabios, para encontrarlo, deben subir a Jerusalén (cf. Is 60, 1-6) y escuchar las Escrituras que, custodiadas por el pueblo santo, contienen las promesas de Dios. A lo largo de los siglos, la escena descrita por san Mateo ha sido interpretada, cantada y representada de múltiples maneras; y sin embargo, por encima de todas ellas se ha transmitido siempre este mensaje esencial: que la venida de los Magos a Belén es la respuesta de la humanidad al Dios que ha querido nacer entre nosotros para ser el Emmanuel, el “Dios con nosotros” (cf. Mt 1, 22-23; Is 7, 14).

El diálogo de los Magos con los representantes oficiales de la religión de Israel representa un encuentro frustrado entre la sabiduría humana y la revelación de Dios. Porque ante el nacimiento del Mesías nos encontramos con dos actitudes contrarias. Los sumos sacerdotes y escribas, encargados de interpretar las Escrituras, respondieron de acuerdo con la Palabra de Dios: el Mesías, el Rey de Israel nacerá en Belén (cf. Mi 5, 1); pero no la obedecieron ni aceptaron el cumplimiento de la profecía. Los Magos, en cambio, obedientes primero a su búsqueda de Dios y ahora también a la revelación contenida en las Escrituras, reemprendieron el camino y llegaron a la casa con inmensa alegría, guiados por la estrella; entraron en la casa y allí *“vieron al niño con María, su madre”*. También ellos, como los pastores, encuentran una sencilla realidad humana, que es experimentada en sus corazones como manifestación de Dios, que los llena de gozo y provoca su adoración: *“Y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.”* Pero su encuentro con el Mesías no significó el fin de su búsqueda, ya que regresaron “por otro camino”, para continuar buscando la verdad de modo diferente.



El Niño nacido en Belén aparece hoy como un don de Dios a la humanidad, pero también como el esperado de todo el género humano, incluso de aquellos que no conocen la fe de los que creen en el Dios único. Sólo así la bendición puede alcanzar a todas las naciones (cf. Gal 3, 14), según la promesa hecha a Abrahán: “*En ti y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra*” (Gn 28, 14). En la descendencia de Abrahán se encuentra también el propio Jesús (cf. Mt 1, 1), el Mesías. Más aún, él es la “*esperanza del confín de la tierra*” (Sal 65, 6), capaz de atraer hacia sí a todos los hombres (cf. Jn 12, 32).

Esta epifanía, que a través de los sabios venidos de Oriente alcanza a los gentiles y paganos, no anula la primogenitura de Israel, el pueblo al que pertenecen “*el don de la filiación adoptiva, la gloria, las alianzas, el don de la ley, el culto y las promesas; suyos son los patriarcas y de ellos procede el Cristo, según la carne*” (cf. Rom 9, 4-5). Pero esta epifanía pone en evidencia también que aquel niño es dado como bendición a toda la humanidad. La universalidad de la buena noticia del Evangelio es afirmada enseguida, ya desde el momento mismo del nacimiento de Jesús, y la contemplación de los Magos aparece como una profecía que se cumple en la historia de la Iglesia, cuando el evangelio alcanza a todas las gentes y a todas las culturas de los pueblos, en cuya búsqueda religiosa están presentes simientes de la palabra de Dios, soplos del Espíritu Santo. En las gentes de todas las culturas y tradiciones religiosas está presente desde la eternidad la imagen de Dios que nunca puede ser negada o anulada (cf. Gn 1, 26-27), pero necesita ser descubierta e interpretada a la luz de la manifestación de Jesucristo como “*imagen del Dios invisible*” (Col 1, 15).

La Epifanía es la memoria de que Jesús el Mesías, el Hijo de Dios e Hijo del hombre, está destinado a la humanidad y de que hombres de todas las razas y culturas han sabido reconocerlo, y han participado en la herencia de Abrahán. No olvidemos que ya no hay distinción entre judío o no judío (cf. Gal 3, 28), sino que todos los hombres de la tierra pueden encontrarse en él, “*fuerza de Dios y sabiduría de Dios*” (1 Cor 1, 24), fuente de gozo y vida plena.

Pero la fiesta de la Epifanía constituye para nosotros también una amonestación. Los cristianos, ¿somos capaces de testimoniar la salvación definitiva traída por Dios en Jesucristo? Como los sumos sacerdotes y los escribas de Israel, podemos meditar asiduamente las Escrituras, incluso haber sido designados para ser sus intérpretes, y a pesar de eso continuar ciegos y desobedientes a la revelación de Dios. Podemos ser muy expertos en custodiar el tesoro de las Sagradas Escrituras y celosos de nuestras certezas de fe y, sin embargo, no reconocer la constante presencia y actuación de Dios en todas las circunstancias de nuestra vida diaria. Por ello, hoy pedimos que el Señor nos dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, y que reconozcamos en el sacramento eucarístico su presencia viva y santificadora.